

Bibliografía

UNA VISIÓN INTEGRAL SOBRE EL AMBIENTE

Santiago R. Olivier, *Ecología y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1981, 225 páginas.

En general, en los países del llamado “Tercer Mundo” hay grandes riquezas y recursos naturales, hay agua, aire y sol en abundancia y enormes extensiones territoriales, con una industrialización proporcionalmente pequeña, que no tendría por qué provocar las crisis de contaminación, esterilidad y degradación que sufren muchos de ellos. Sin embargo, la destrucción ecológica de estos países, incluso en aquellos que todavía conservan territorios parcialmente deshabitados, es un hecho que reviste características verdaderamente amenazadoras. El hacinamiento demográfico en las grandes metrópolis industriales, los desechos no biodegradables de estas industrias que contaminan ríos, mares y atmósfera, la gravedad de los problemas sanitarios que tienden a hacerse endémicos en sectores mayoritarios de su población, la escasez de alimentos y el desempleo, hablan de un crecimiento caótico, cuyas consecuencias se reflejan abierta y descaradamente en el daño ecológico y de manera casi imperceptible en el PNB y en su distribución equitativa. Los beneficios sociales de este crecimiento, cuya brújula indica constantemente el absurdo y el despilfarro, no resultan comparables con los perjuicios. Tal es el contexto en que Santiago Olivier sitúa su libro. Se trata de una obra en que el drama se revela mucho más descarnadamente que en cualquier tragedia clásica de la historia.

Olivier no pretende alarmar efectivamente. Es un científico y un hombre de conciencia. Su objetivo es informar, difundir, estimular, lograr claridad, subvertir la pasividad y la indolencia para así prever y actuar colectivamente. Como especialista en la materia, está consciente de que la ecología es una ciencia nueva y que su trascendencia social es todavía mucho más reciente. En efecto, hasta hace dos decenios, las preocupaciones ecológicas eran patrimonio de los naturalistas, de individuos interesados en las relaciones entre organismos y ambiente; sólo a fines de los setenta esta inquietud exclusivista pudo ganar la calle para pasar a ser algo así como una “ciencia de moda”, capaz de generar un creciente movimiento de opinión en torno a los peligros que amenazan la estabilidad de la biosfera y la propia existencia del hombre. Desde entonces, la ecología se consolida con elementos de las ciencias sociales, trasciende hacia los medios de comunicación —que cada día brindan mayor atención a estos problemas— y es objeto también de manipulaciones demagógicas y cruzadas catastrofistas, aunque también de honestas campañas cuya eficiencia resulta, empero, poco financiable. En todo caso, la ecología abandona la academia y pasa a ser una inquietud “sentida” por sectores importantes de

la población, tanto más en el mundo industrializado que en el subdesarrollado (sobre el cual se cierne la amenaza con vaticinios verdaderamente inquietantes). Como quiera que sea, todos estos esfuerzos y desvelos resultan sumamente incipientes; la mayoría de las personas reconoce el temor que le inspira un desastre ecológico y sufre cotidianamente los efectos de la degradación ambiental; no obstante, estas mismas personas ignoran las bases científicas de la ecología y las posibilidades reales de actuar. El libro de Olivier tiene la virtud de divulgar: estudia y analiza la ecología desde una perspectiva que permite comprenderla a gente no especializada y que le proporciona elementos serios y rigurosos como para apoyarla desde el ámbito de otras disciplinas.

Santiago Olivier —doctor en ciencias naturales, ex-director del Instituto Interuniversitario de Biología Marina (Mar del Plata), profesor e investigador de la Universidad de La Plata, consultor de la UNESCO y del PNUMA, profesor e investigador en la Universidad de Baja California, asesor del Programa de Investigación y Control de Contaminación Marina de la bahía de La Habana, que patrocina la UNESCO— es uno de los especialistas latinoamericanos más destacados. Hoy “baja del Olimpo” científico y se empeña en hacer divulgación, difusión, conciencia.

En una primera parte de su obra trata lo que él denomina “Ecología energética”. Define la ecología como una ciencia de actualidad, se refiere a los movimientos ambientalistas, a la ubicación de la ecología entre las ciencias naturales y las sociales, al ecosistema como unidad funcional; hace, además, una síntesis del desarrollo histórico de la ecología y estudia al hombre, la biosfera y el desarrollo. Después de esta etapa introductoria, examina la estructura y el funcionamiento del ecosistema: energía y trabajo, sistemas ecológicos, delimitación de ecosistemas, el ciclo del agua, ciclos biogeoquímicos, sucesión ecológica, explotación y madurez de ecosistemas. También analiza el marco ecológico de referencia para América Latina y el Caribe, y aborda particularmente el medio marino, el de aguas continentales, el terrestre y el humano.

En la segunda parte, Olivier estudia lo que considera “Los desafíos de la ecología social”. El primer capítulo está destinado a la población latinoamericana y caribeña, a su dinámica, a la teoría que intenta caracterizarla, a la producción de alimentos, a los límites del crecimiento de la población mundial y a los efectos de la población humana sobre el ambiente. En el capítulo que sigue se detiene a examinar la contaminación ambiental: sus límites, sus características cuando se da en el medio urbano-industrial, la específica del subdesarrollo, la bélica y los efectos de la infición sobre el ambiente. Finalmente, se extiende sobre la explotación y la degradación de los recursos naturales, diferenciándolos de los recursos humanos, estudiando la dependencia económica y sus consecuencias sobre los recur-

tos naturales; asimismo describe la desertización y el exterminio de la fauna en los países subdesarrollados.

En el epílogo resume los fundamentos y objetivos que tuvo en vista para escribir su libro. Nosotros lo saludamos como el primer estudio integral en América Latina que, sin perjuicio de su alta consistencia científica, tiene la virtud de la síntesis y de la claridad. Sostiene Olivier que la ecología, como ciencia "integradora", se esfuerza por comprender mejor las interrelaciones de los medios físico y humano y el desarrollo equilibrado de la sociedad; para lograr estos objetivos exige esfuerzos interdisciplinarios.

Considera que los países subdesarrollados no disponen de recursos científicos ni tecnológicos suficientes para enfrentarse a los problemas derivados del uso eficiente y equilibrado de la naturaleza. Por ello, realiza la actitud de algunas de estas naciones que, como Cuba y México, hacen esfuerzos especiales por crear una infraestructura científica capaz de hacer girar las cosas hacia un profundo cambio en los próximos decenios. Sin embargo, Olivier no peca de optimismo irresponsable: advierte claramente que la formación de escuelas científicas ecológicas y ambientalistas es una tarea larga y costosa, que exige de la colectividad académica y del individuo una entrega extraordinaria de calidad ética y sensible. Este esfuerzo es imprescindible; la disposición y el compromiso que entraña provendrán, finalmente, de la conciencia *política* en sentido amplio: el subdesarrollo y sus soluciones —entre otras, la industrialización racional y no la dependencia servil sustentada por la actividad maquiladora— dependen de esta actitud, y tener esta actitud supone tener un proyecto social claro, que integre al hombre con su colectividad y su ambiente de manera armónica, racional, eficiente en cuanto a la calidad de la vida.

América Latina y el Caribe libran una batalla titánica por sobrevivir. Sus recursos naturales desquiciados por casi 500 años de explotación despiadada, sus bosques arrasados, sus campos erosionados, su fauna menguada, su población hambrienta, sus niños condenados a muerte prematura, sus aguas contaminadas o en extinción, sus recursos minerales y energéticos al servicio de los poderosos, sus gastos bélicos cada vez más agobiantes, no permiten aceptar recetas tecnológicas que mantengan y fomenten la dependencia. Sus naciones quieren ser dueñas de sus propios destinos y generar sus propios modelos de desarrollo. Estas reflexiones no sólo no se apartan de la ecología sino que le son connaturales; son su marco y su objetivo. También su instrumental. En el libro de Olivier priva esta perspectiva; de su análisis podrán nutrirse científicos, tecnólogos, políticos y todo aquel que defienda la vida, el bienestar y la justicia social. □

José Antonio Granda

DEMONOLOGÍA EN LA CIENCIA

J.M. Lévy Leblond y A. Jaubert (compiladores), *(Auto)crítica de la ciencia*, Editorial Nueva Imagen, México, 1980, 324 páginas

Karl Popper formuló una denuncia memorable contra el totalitarismo en su obra *La sociedad abierta y sus enemigos*; Lévy Leblond y Jaubert recogen pasajes no tan memorables en un libro que bien podría llamarse *La sociedad cerrada y sus ami-*

gos, pues hay en esta recopilación de escritos una mezcla desgraciada de fanatismo e insensatez. En nombre de la ciencia se forjan sentimientos anticientíficos; Aristóteles y Santo Tomás destruyen de nuevo a Platón que, según opinión autorizada de Koyré, es el ancla de la investigación moderna. Esta obra prueba, sin exageración alguna, que el papel lo soporta todo. Su estilo es más detonante que denotativo; las metáforas —ancianas y decadentes— remplazan a los argumentos. La leí tres veces con la esperanza de encontrarle alguna lógica, alguna excusa salvadora. Pero perdí mi humor y la paciencia.

El tema central (lo demás es variación mecánica): la protesta contra la ciencia moderna, ciencia que esclaviza, hermana servil del imperialismo estadounidense, de la soberbia francesa y de la burocracia soviética. Si esta reclamación es correcta a pesar de su espléndida vaguedad, entonces todos —incluyendo a los autores y a la editorial— somos criminales intelectuales, Raskolnikovs que matan y se suicidan en la fantasía. El libro es un verdadero festín sadomasoquista; políticamente, corteja el nihilismo de Turgenev y el anarquismo de Proudhon.

Los numerosos autores aquí reunidos no deslindan disciplinas, ni situaciones, ni coyunturas. Todo y todos entran en una "síntesis" imposible de perversidades. Si aún nos queda facultad deductiva después de leer este escrito, debemos extraer la necesaria conclusión: llegó el momento de quemar investigadores y libros... en nombre de la ciencia.

Trataré de ordenar las premisas caóticas de estos textos, cuya primera edición en francés apareció en 1975. Así será más fácil demostrar que nuestra inquietud no es gratuita, pues este libro nos regresa a la demonología.

1) Aseguran los compiladores que las críticas a la ciencia emanan principalmente de los físicos, "y éste es un hecho sociopolítico interesante" (p. 16). Y allí se paran; no exploran hipótesis alguna.

2) La ciencia es una flor del mal tanto en el capitalismo como en la Unión Soviética (p. 24). Hay que agradecer a los compiladores (franceses) por recordarnos a Baudelaire, ¿pero qué significa exactamente esta metáfora? Si la ciencia es *igual* en ambos sistemas, ¿cuál es el peso y la importancia del condicionamiento ambiental y de la organización económica en la práctica científica?

3) La autonomía de los intelectuales es una ficción (p. 25). ¿También es ficticia la crítica de estos intelectuales?

4) "La ciencia hay que hacerla para y por el pueblo" (p. 26). ¿Cómo es posible transvasar la frase de Lincoln a la ciencia? ¿Qué sistema de jerarquización sugieren? ¿Laboratorios en las calles? ¿La calle en el aula? ¿Este ascenso populista no nos llevará a mayores injusticias?

5) La ciencia está dominada por los políticos (p. 29). ¿Pero quién domina a los políticos? ¿También los autores y compiladores están dominados por ellos?

6) "La ciencia es... la justificación mágica de una raza de esclavos" (p. 35). ¿Nietzsche regresa a la ciencia? ¿La frase se aplica a todas las disciplinas? ¿Es la ciencia un género de teología reaccionaria y paralizante? Ni una palabra de aclaración.

7) La ciencia es... fetichismo (p. 35). Gracias a Marx sabíamos que el capitalismo produce enajenación y reproduce formas mágicas. ¿También la ciencia? ¿También los propios marxistas? ¿Cómo, por todos los diablos?

8) Los médicos tienen una caligrafía imposible: señal de que pertenecen a la policía monopolizada (p. 36). Una palabra: absurdo.

9) Los viajes de los cosmonautas (rusos y norteamericanos) son dispositivos para resucitar la religión (p. 37). No tengo comentarios.

10) Hay que regresar a Marx (p. 41). ¿No deberían conocerlo primero antes de formular esta reclamación?

11) "El colmo del objetivismo hipócrita está en la prensa llamada de información" (p. 45). ¿Quién ha argumentado alguna vez que un artículo en los periódicos es una monografía científica?

12) La ciencia constituye un sistema racional ahistórico (p. 46). ¿La mecánica no tiene presente a Galileo; la física, a Duhem y a Einstein; la genética, a Mendel y a la Dra. MacKracken? Es cierto que los científicos no se ocupan exclusivamente de la historia, pero tienen conciencia histórica de sus disciplinas.

13) El idioma de la ciencia es incomprensible (p. 49). ¿Qué sugieren? ¿Un lunfardo? ¿Un esperanto callejero? También lo que estos autores escriben es incomprensible. . .

14) El amor, la emoción, la belleza. . . el placer y el dolor están excluidos de la ciencia (p. 51). ¿Habrán escuchado del psicoanálisis? ¿Sabrán que el economista Boulding está reinterpreta-ndo los conceptos de utilidad con arreglo a "cargas libidinosas"? ¿Aspiran a que un texto de fisiología se transforme en un romancero gitano?

15) "El cientificismo es la ideología más peligrosa" (p. 55). ¿Más peligrosa que el fascismo, el nazismo, las barbaries de derechas e izquierdas? Lo dudo.

16) "La ciencia es inevitablemente política. . ." (p. 63). Esta oración original merece el Premio Nobel.

17) "Con sus tendencias elitistas, la mayoría de los científicos norteamericanos oprimen. . . a pobres, mujeres, y no blancos" (p. 80). Ciertamente, hay estructuras sádicas en la institucionalización social de la ciencia. Pero la lista de los oprimidos es más larga: mexicanos, católicos, judíos, genios. . . La simplificación amarilla embelesa a estos autores.

18) El científico debe resolver problemas reales (p. 83). Si no resuelve problema alguno, ¿para qué atacarlos? Si resuelven, ¿qué lugar tiene la crítica? Y si resuelven problemas falsos, ¿qué sugieren los autores?

19) En Francia existen. . . buenos y malos laboratorios (p. 89). Gracias por esta información.

20) "Hay que realizar un trabajo crítico, incluso salvaje" (p. 95). ¿Salvajismo y ciencia? ¿Se tratará de un aporte a la

sociobiología de la investigación? ¿Habrà aquí una superación de la matemática no euclidiana?

21) El prestigio científico de Abdus Salam en Paquistán es una forma de explotar a los pobres (p. 100). ¿Qué culpa tiene Salam? Y mis respetos a los ciudadanos de Paquistán, que reconocen a un hombre de ciencia. Esto no acontece en todas las latitudes. . .

22) La innovación tecnológica. . . se dirige a multiplicar las ganancias de algún empresario emprendedor. . . (p. 127). Es cierto: pagué por este libro flaco y no tan innovador catorce dólares.

23) "Los científicos sufren de 'reunionitis'" (p. 156). Verdad: en esta época del jet hasta los fanáticos queman incienso en lugares muy apartados y en forma iterativa y reiterativa. ¿Por qué no los científicos?

24) "El laboratorio es un centro paternalista" (pp. 175-176). Supongamos que estos autores cometen parricidio contra las paredes de estos laboratorios sofocantes. ¿Qué harán con el nuevo padre? ¿Volverán a matarlo?

25) En un laboratorio hay siempre dos directores, uno que practica el paternalismo y otro que "maneja el garrote" (p. 177). Ciertamente: falta una meretriz.

26) La autogestión es necesaria en los trabajos científicos (p. 195). ¿Esta "yugoslavización" de la ciencia no aparejará el yugo de la ciencia en un grado insoportable? ¿Adónde conduce este populismo científico?

27) El especialista es capaz de realizar. . . milagros científicos (p. 203). O es un mago o es un genio. Si es mago, hay que divertirse con él; si es genio, hay que respetarlo. Pero en ningún caso es un milagrero.

28) "El universo de la enseñanza de la ciencia descansa en la división [del trabajo]" (p. 217). ¿Qué pretenden? ¿Charlatanes? ¿Especialistas en generalidades? ¿El dominio de la mediocridad?

29) "El saber es. . . el opio de los pueblos" (p. 223). El opio está de moda. Era, para Feuerbach y Marx, la religión; para Aron, algunos intelectuales. Ahora son los científicos. ¿En qué consistirá la sobriedad?

30) La tesis es un rito (p. 256). Es cierto; ¿pero qué proponen en su lugar? ¿Regalar títulos a cualquier transeúnte?

31) Reunión de científicos: cueva de los cuarenta ladrones (p. 281). Un aporte original a Alí Babá.

Éste es un libro claramente oscurantista. Lástima que un psicoanalista respetable (Santiago Ramírez) le haya hecho un prólogo elogioso. Con la debida consideración que este profesional me merece debo suponer: o que no leyó el libro, o que encontró en él "profundidades" que un reprimido como yo no puede captar. Si se trata de lo primero, no me parece acto loable; si es lo segundo, habría que psicoanalizar a todo el pueblo creando un diván gigantesco. Ciertamente, también habrá que quitar a este arte curativo sus especulaciones anales, edipales y orales a fin de lograr una transferencia libidinosa verdaderamente popular.

Una confesión: no habría comentado este texto y ordenado sus caóticas frases si mis indagaciones sobre la ciencia, en variados contextos, no me revelasen gérmenes de esta demonología que puede ser lujo transitorio de los ricos pero maldición eterna de los pobres. □

Joseph Hodara

LIBROS DE LA LARGA VIDA

Henry Sigerist, *Hitos en la historia de la salud pública*, Siglo XXI Editores, México, 1981, 98 páginas.

Milton Terris, *La revolución epidemiológica y la medicina social*, Siglo XXI Editores, México, 1980, 255 páginas.

Thomas Mckeown y C.R. Lowe, *Introducción a la medicina social*, Siglo XXI Editores, México, 1981, 365 páginas.

El primero de los libros que se reseñan contiene cinco conferencias del suizo Henry Sigerist, médico, filólogo e historiador de la medicina, quien durante 15 años trabajó en Estados Unidos y enriqueció con su gran experiencia a la medicina social de dicho país. La extensa cultura del autor hace que la importancia de este pequeño libro vaya en sentido inverso a su tamaño, porque al leer sus páginas, el lector se enfrenta a un médico, filólogo, historiador y sociólogo (por autodefinición) que vincula siempre la historia de la medicina con los problemas humanos.

Sigerist alude a los escritos de Claudio Galeno, el médico y escritor griego, autor de un tratado sobre higiene que contiene fundamentos sobre el bienestar físico aplicables a nuestra época. En los albores de la era cristiana, el médico de Pérgamo viajó a Roma, atraído por la oferta de César de conceder la ciudadanía romana a los médicos griegos (esclavos, en su gran mayoría) que practicaran su ciencia entre los romanos. Galeno se consagró a escribir acerca de la higiene y a mostrar, con disecciones de animales, cómo está formado el cuerpo humano por dentro y cómo funciona. Empero, las recomendaciones de Galeno tenían un alcance muy limitado, puesto que llegaban tan sólo a las clases ricas, las únicas capaces de cuidar su alimentación y sus bebidas, así como practicar ejercicios. Todo induce a pensar que el cuidadoso Galeno casi no tenía discípulos, puesto que las clases aristocráticas eran, precisamente, las que se entregaban a los peores excesos durante las famosas fiestas romanas.

En realidad, la experiencia fue enseñando a la humanidad lo que convenía o perjudicaba a su salud, aunque un elemento fundamental fueron las creencias religiosas. Es indudable que los ritos, con su exigencia de que quienes penetraran en los templos debían conservar una pureza inmaculada, contribuían en cierta forma a conservar la salud. En el Levítico, por ejemplo, se ordenaba pasar por ritos purificatorios a quien estuviese en contacto con los enfermos; así, la idea del contagio fue primero religiosa, después médica. En algunas religiones, la necesidad de mantenerse limpio en lo espiritual se extendía al aspecto físico.

Sigerist charla también acerca del libro medieval *Regimen Sanitatis Salernitarum*, obra que incluye varios tratados sobre higiene de autores desconocidos y que durante mucho tiempo brindó recomendaciones sencillas y prácticas, escritas en verso, para mayor atractivo, a fin de que la gente conservara la salud. Sir John Harington (además de poeta y médico, inventor del *water closet* o excusado) tradujo la obra al inglés en 1607, al tiempo que añadía consejos de su cosecha. Con el transcurso del tiempo se multiplicaron las ediciones del libro, al grado que se calculan entre 500 y 1 000, entre traducciones y reimpressiones.

Tema de otra conferencia es la obra de Vesalio, quien en 1543 escribió el libro que serviría como fundamento de la anatomía humana moderna. Los ideales esbozados en el medioevo comenzaban a realizarse en el Renacimiento. Había perdido fuerza el concepto religioso de que se requería la limpieza para adquirir la pureza espiritual. El hombre habría logrado muchas cosas: había descubierto nuevos continentes, otros hombres, animales y plantas. Quizá por ello afirma el autor que el hombre deseó vivir más tiempo, sabedor de que, en cierta medida, era capaz de prolongar la existencia con ayuda de la higiene y la medicina.

En 1560 vio la luz la obra de Paracelso (o tal vez de alguno de sus discípulos) *El libro de la larga vida*, en el cual el legendario médico y alquimista afirma (al igual que Sigerist) que todo en la naturaleza está relacionado con la salud humana. En aquellos años la humanidad ya podía prolongar la vida, puesto que había creado la medicina y la higiene necesarias para conservarse sano. Se abandonaba, finalmente, el credo ciceroniano de atender tan sólo al intelecto, y al centrarse en el cuerpo, lograron enormes avances para combatir las enfermedades.

La última charla de Sigerist se refiere a Johann Peter Franck, autor de una obra titulada *La miseria del pueblo, madre de las enfermedades*. Sin ser un revolucionario, Franck sostenía que la tierra debería ser de quien la trabajara, tesis muy avanzada para alguien nacido en 1745 en Europa Central. En los seis tomos que abarca su vasta obra, Franck estudia la alimentación infantil, las enfermedades venéreas, la medicina forense, la habitación, el vestido y la nutrición; en suma, abarca todos los problemas relacionados con la higiene y la salud humanas, desde el nacimiento hasta la muerte.

El médico e historiador suizo cierra sus charlas con una crítica al servicio médico hipertrofiado que se estilaba (las charlas datan de 1952) en los países europeos. El médico —decía— debería convertirse en un educador que busca a la gente en sus sitios de trabajo: la fábrica, el campo y la oficina, ya que muchas de las enfermedades actuales requieren de la relación médico-paciente, no de medidas de salud pública. Se declara contrario a la llamada especialización, puesto que las tareas de la medicina son cuatro: promover la salud, prevenir la enfermedad, curar al enfermo y rehabilitarlo.

En *La revolución epidemiológica y la medicina social* de Milton Terris, uno de los discípulos más destacados de Sigerist, se recoge una docena de artículos agrupados en los cuatro grandes campos que abarca su producción: aspectos teóricos y metodológicos de epidemiología; medicina social; organización de servicios de salud, e historia de la salud pública. En esta antología puede verse cómo surgió la epidemiología como una ciencia compleja, basada no sólo en la medicina clínica, sino en las investigaciones realizadas en el laboratorio y en el estu-

dio directo de la comunidad humana. Es, claramente, una ciencia experimental y de observación que ha exigido a menudo sacrificios personales muy considerables de sus impulsores, quienes con frecuencia arriesgan la salud y la vida en los experimentos. Algunos de esos casos muy impresionantes, son, por ejemplo, los de Anderson y Goldberger y su estudio del tifo en México, el de Goldberger y su comprobación de la causa de la pelagra, gracias a su experimento con él y otros 15 voluntarios, y los que costaron la vida a Howard Taylor, quien murió de tifo en la ciudad de México en 1910, y de T.B. McClintock, quien sucumbió mientras estudiaba la fiebre manchada de las Montañas Rocallosas.

En la actualidad, gracias a esos sacrificios y al estudio e investigaciones de tantos epidemiólogos, la protección de la salud se basa en medidas sociales que brindan suministros de agua y alimentos adecuados; que ofrecen un control de accidentes, impiden la contaminación del ambiente y la exposición a materias químicas peligrosas. En la escuela, la fábrica, los centros de trabajo, se alerta acerca de la necesidad de desarrollar los recursos necesarios para proteger la salud.

En cuanto a la medicina social, otra materia de estudio en la obra de Terris, se exploran en esta antología la teoría y la práctica de la medicina, merced a las cuales el médico moviliza todos los recursos sociales para mantener la salud del individuo en la sociedad, mientras que en la medicina individual la relación se limita a dos personas, el paciente y el médico.

Son muchos los males que han logrado eliminarse en Estados Unidos y otros países industrializados, con ayuda de un mejor nivel de vida, una buena alimentación y la educación sanitaria promovida por la medicina social. Sin embargo, incluso en los países ricos hay problemas aún insolubles. Por ejemplo, en Estados Unidos, la atención de la salud se encuentra en dificultades, de acuerdo con Milton Terris. Entre otras causas, intervienen la tecnología médica y la existencia de dos sistemas hospitalarios —el de hospitales privados y el de hospitales de beneficencia—, lo cual representa uno de los más serios obstáculos para mejorar la atención pública del país. El autor reconoce que en la nación más rica de la Tierra, el país de los líderes en la ciencia médica mundialmente reconocidos, que gasta una elevada proporción del producto nacional bruto en servicios de salud, no reciben buenos y adecuados auxilios médicos ni los pobres, ni los habitantes de los "ghettos", ni la población campesina.

Señala, asimismo, las perspectivas de los tres sistemas mundiales de atención médica: asistencia pública, seguro médico y servicio nacional de salud. En 1977 la asistencia pública dominaba en 108 países de Asia, África y América Latina; el sistema de seguro médico abarcaba 23 países de Europa Occidental, América del Norte, Australia, Nueva Zelanda, Japón e Israel. El servicio médico nacional predominaba en 14 países, que son nueve naciones socialistas de Europa, cuatro de Asia y una (Cuba) de América.

Entre los sistemas de salud que tienen mucho que enseñar a otros países, el autor cita al de la Unión Soviética, cuyos principios sanitarios fueron adoptados, con ligeras variantes, por todos los países socialistas y han servido de modelo para sistemas tan eficientes como se afirma es el de Gran Bretaña. La Unión Soviética demostró, después de la segunda guerra mundial, que

el firme edificio de su sistema de salud podía seguir funcionando hasta en las adversas condiciones de la posguerra. En los orígenes de la medicina preventiva soviética predominaba la actividad del servicio sanitario epidemiológico, responsable de la prevención de enfermedades, control de riesgos laborales y de riesgos ambientales.

Al igual que Sigerist, el autor del libro que se comenta rechaza la especialización. Aborda los problemas sin reducciones ni fragmentaciones, buscando siempre estudiar no sólo los aspectos aislados y externos de los fenómenos, sino las raíces profundas que los explican.

Los autores de *Introducción a la medicina social*, Mckeown y Lowe, presentan un estudio exhaustivo de la medicina en la Gran Bretaña, cuyo modelo, como ya se dijo, tiene influencia del de la Unión Soviética. Los medios utilizados para proteger la salud de los británicos y para proporcionarles servicios médicos se distribuyen de acuerdo con las necesidades de los diferentes grupos de la población. El servicio nacional de salud tiene gran importancia y ejerció su influencia en todos aquellos países en donde se aplicaba durante el imperio colonial.

Los autores señalan que el siglo XX podría considerarse como un filtro o cedazo que separó las grandes epidemias provocadas por las enfermedades infecciosas, de otros padecimientos degenerativos o de origen social. Por ejemplo, aunque la medicina social ha logrado desterrar muchas enfermedades, en la actualidad se enfrenta a una mayor cantidad de problemas, surgidos a causa de los hábitos en que suelen caer los humanos, tales como el alcoholismo, el tabaquismo y la sobrealimentación, tres causas de profundas alteraciones de la salud en países como la Gran Bretaña y otros muy industrializados.

Empero, no se piense que los ingleses se enferman tan sólo por borrachos, fumadores o comelones; también padecen las llamadas enfermedades industriales, tales como la leptospirosis icterhemorrágica, sufrida por quienes trabajan en sitios infestados por ratas; o el carcinoma de los senos paranasales, provocado por ciertos procesos del níquel y el ambiente de las fábricas de muebles de madera; o las cataratas producidas por el calor, padecidas por quienes se exponen al brillo intenso del metal fundido al rojo vivo. Mientras que en América Latina predominan las enfermedades infecciosas, en Inglaterra y Gales se multiplican el cáncer y la arterioesclerosis, aunque también la neumonía, que hace presa de niños y ancianos.

Los autores enfocan la obra hacia la descripción de los campos o áreas de la salud que abarca el servicio británico de salud que, sin ser completo, es uno de los más avanzados del mundo. Los servicios parten desde las prácticas eugenésicas y el control de la reproducción; incluyen una extensa gama de prestaciones que abarcan el hogar, el trabajo, la escuela; la lucha contra las enfermedades producidas por el agua, por los alimentos o de origen animal; el combate de la contaminación atmosférica; la ayuda a los incapacitados y a los deficientes mentales; los servicios de obstetricia, los hospitales actuales, los servicios para los ancianos. Finalmente, los autores describen los antecedentes y la situación actual de los servicios de salud, cuya labor es, en el presente, asunto de interés internacional.

Los libros que se reseñan dejan en el lector cierto regusto de confianza en el porvenir de la humanidad; mucho han logrado

la higiene, la epidemiología y la medicina en países como Estados Unidos, la Unión Soviética, la Gran Bretaña y algunos otros. Sin embargo, la lectura provoca, al mismo tiempo, cierto malestar, puesto que males semejantes, si no es que peores, a los que describen los autores, representan el pan de cada día en

muchos países. En México, pese a los indudables avances, todavía no existe la medicina social para millones de habitantes, y aún no termina de escribirse "el libro de la larga vida". □

Graciela Phillips

obras recibidas

Secretaría de Relaciones Exteriores, México

ARCHIVO HISTÓRICO DIPLOMÁTICO MEXICANO,
TERCERA ÉPOCA

a) Serie Obras Monográficas

1. Lorenzo Meyer, *Los grupos de presión extranjeros en el México Revolucionario (1910-1940)*. 1973, 102 páginas.
2. Mercedes Carreras de Velasco, *Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932*. 1974, 198 páginas.
3. Carlos Bosch García, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos, 1819-1848*. 1974, 225 páginas.
4. Ernesto de la Torre Villar, *Labor diplomática de Tadeo Ortiz*. 1974, 206 páginas.
5. Ornán Roldán Oquendo, *Las relaciones entre México y Colombia, 1810-1862*. 1974, 263 páginas.
6. Jacques Penot, *Primeros contactos diplomáticos entre México y Francia, 1808-1838*. 1975, 139 páginas.
7. Noël Salomon, *Juárez en la conciencia francesa, 1861-1867*. 1975, 161 páginas.
8. María de la Luz Topete, *Labor diplomática de Matías Romero en Washington, 1861-1867*. 1976, 459 páginas.
9. Ismael Moreno Pino, *Orígenes y evolución del sistema interamericano*. 1977, 431 páginas.
10. Luis Mario Schneider (comp.), *Genaro Estrada: diplomático y escritor*. 1978, 190 páginas.

b) Serie Documental

1. Jorge Flores D. (noticia preliminar), *Memorias inéditas, 1839, 1840, 1841*. 1973, 125 páginas.
2. *Secretarios y Encargados del Despacho de Relaciones Exteriores, 1821-1973*. 1974, 119 páginas.
3. *La misión confidencial de Jesús Terán en Europa*. 1974, 118 páginas.
4. Lilia Díaz (selec. y trad.), *Versión francesa de México. Informes económicos*, t. I. 1974, 329 páginas.
5. Lilia Díaz (selec. y trad.), *Versión francesa de México. Informes económicos*, t. II. 1974, 243 páginas.
6. *México en la ONU. La descolonización, 1946-1973*. 1974, 70 páginas.

7. *Los primeros consulados de México, 1823-1872*. 1974, 102 páginas.
8. *Representantes diplomáticos de México en Washington, 1822-1973*. 1974, 118 páginas.
9. Gloria Grajales (selec. y trad.), *México y la Gran Bretaña durante la Intervención, 1861-1862*. 1974, 241 páginas.
10. Gloria Grajales (selec. y trad.), *México y la Gran Bretaña durante la Intervención y el Segundo Imperio Mexicano, 1862-1867*. 1974, 237 páginas.
11. Juan Barona Lobato (selec. e introd.), *La expropiación petrolera*, t. I. 1974, 303 páginas.
12. Juan Barona Lobato (selec. e introd.), *La expropiación petrolera*, t. II. 1974, 237 páginas.
13. *La salinidad del río Colorado: una diferencia internacional*. 1975, 171 páginas.
14. María Elena Ota Mishima (introd., selec. y notas), *México y Japón en el siglo XIX. La política exterior de México y la consolidación de la soberanía japonesa*. 1976, 152 páginas.

c) Serie Tratados

1. *Acuerdo comercial entre los Estados Unidos Mexicanos y la Unión Económica Belgo-Luxemburguesa*. 1974, 21 páginas.
2. *Convenio comercial entre México y el Canadá*. 1974, 14 páginas.
3. *Convenio comercial entre el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos y el Gobierno de la República de Corea*. 1974, 13 páginas.
4. *Tratado de comercio entre los Estados Unidos Mexicanos y la República de Costa Rica*. 1974, 13 páginas.
5. *Acuerdo comercial entre los Estados Unidos Mexicanos y la República Francesa*. 1974, 23 páginas.
6. *Tratado de comercio entre los Estados Unidos Mexicanos y el Reino de Grecia*. 1974, 14 páginas.
7. *Convenio de comercio entre los Estados Unidos Mexicanos y la República Italiana*. 1974, 23 páginas.
8. *Convenio de comercio entre los Estados Unidos Mexicanos y el Japón*. 1974, 21 páginas.

9. *Convenio comercial entre los Estados Unidos Mexicanos y el Reino de los Países Bajos*. 1974, 21 páginas.
10. *Convenio comercial entre los Estados Unidos Mexicanos y la República Árabe Unida*. 1974, 13 páginas.
11. *Tratado de comercio entre los Estados Unidos Mexicanos y El Salvador*. 1974, 13 páginas.
12. *Acuerdo comercial entre los Estados Unidos Mexicanos y la Confederación Suiza*. 1974, 13 páginas.
13. *Convenio comercial entre los Estados Unidos Mexicanos y la República Popular Federativa de Yugoslavia*. 1974, 21 páginas.

d] Serie Divulgación

1. César Sepúlveda, Antonio Martínez Báez y Alfonso García Robles, *Carlos Calvo*. *Tres ensayos mexicanos*. 1974, 79 páginas.
2. Héctor Cárdenas, *Las relaciones mexicano-soviéticas. Antecedentes y primeros contactos diplomáticos (1789-1927)*. 1974, 93 páginas.
4. Alfonso García Robles y Miguel Marín Bosch (Terminología usual en las relaciones internacionales [TURI]), I: *Organismos internacionales*. 1976, 87 páginas.
5. César Sepúlveda, TURI II: *Derecho Internacional Público*. 1976, 60 páginas.
6. Raúl Valdés y Enrique Loaeza Tovar, TURI III: *Derecho diplomático y tratados*. 1976, 87 páginas.
7. Leonel Pereznieta Castro, TURI IV: *Derecho Internacional Privado*. 1981, 57 páginas.
8. Luis Wybo A., TURI V: *Asuntos consulares*. 1981, 60 páginas.
9. Daniel de la Predaja, TURI VI: *Conferencias internacionales*. 1980, 102 páginas.

e] Serie Cuestiones Internacionales Contemporáneas

1. Alfonso García Robles, Rafael de la Colina et al., *México y el régimen del mar*. 1974, 406 páginas.
2. H.S. Amerasinghe, C.A. Stavropoulos, Roy S. Lee y el equipo del UNITAR, *Las Naciones Unidas y el mar*, trad. de Jorge A. Vargas, SRE-Instituto de las Naciones Unidas para la Formación Profesional y la Investigación (UNITAR), México-Nueva York, 1974, 167 páginas.
3. Liborio Villalobos Calderón, *Las materias primas en la encrucijada internacional*. 1974, 129 páginas.
4. Aída Luisa Levin, *La OEA y la ONU: relaciones en el campo de la paz y la seguridad*, SRE-UNITAR, México-Nueva York, 1974, 149 páginas.

5. Terutomo Ozawa, *La transferencia de tecnología de Japón a los países en desarrollo*, SRE-UNITAR, México-Nueva York, 1974, 78 páginas.
6. Víctor Manuel Barceló R., *La empresa multinacional en países del Tercer Mundo. Apuntes para una empresa latinoamericana*. 1975, 151 páginas.
7. Miguel S. Wionczek (comp.), *Política tecnológica y desarrollo económico*. 1975, 293 páginas.
8. Varios autores, *Las Naciones Unidas y la mujer*, SRE-UNITAR, México-Nueva York, 1975, 118 páginas.
9. Rafael de la Colina, *El Protocolo de Reformas al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Participación de México*. 1977, 238 páginas.

f] Serie Obras Especiales

1. *Gira de trabajo del Presidente Luis Echeverría Álvarez a catorce países de América, África y Asia. 8 de julio a 22 de agosto de 1975*. 1975, 269 páginas.
2. María Cristina Montoya Rivero, *Instituto Mexicano Matías Romero de Estudios Diplomáticos. Historia del edificio*. 1975, 61 páginas.
3. Elisa Vargas Lugo, *Claustro Franciscano de Tlatelolco*. 1975, 69 páginas.
4. Alfonso García Robles, *Seis años de la política exterior de México, 1970-1976*. 1976, 64 páginas.

ARCHIVO HISTÓRICO DIPLOMÁTICO MEXICANO,
CUARTA ÉPOCA

1. Enrique Cortés, *Relaciones entre México y Japón durante el porfiriato*. 1980, 135 páginas.
2. César Sepúlveda (coord.), *Manual de Derecho Internacional para Oficiales de la Armada de México*, SRE-Secretaría de Marina, México, 1981, 331 páginas.
3. Lázaro Cárdenas y Alexander Sizonenko (comps.), *Relaciones mexicano-soviéticas, 1968-1980*, SRE-Ministerio de Asuntos Económicos de la URSS, México, 1981, 212 páginas.
4. *Relaciones mexicano-soviéticas, 1917-1980*, SRE-Academia de Ciencias de la URSS, México, 1981, 191 páginas.
6. *Convenciones sobre derechos humanos*. 1981, 113 páginas.
7. Angélica Montalvo, *Representantes de México en Perú (1821-1981)*. 1981, 107 páginas.
8. Delia Hidalgo, *Representantes de México en Gran Bretaña (1822-1980)*. 1981, 144 páginas.
10. Rafael de la Colina, *Sesenta años de labor diplomática*. 1981, 242 páginas. □